

VIVIENDO POR EL ESPÍRITU IGLESIA DE CRISTO EN EL ESTE

JONATHAN HANEGAN
CARACAS – VENEZUELA

El evangelio exige que nos esforcemos para agradar a Dios. Exige que entreguemos nuestras vidas enteras a Dios, no sólo una parte de ellas. Sin embargo, muchos cristianos han creído en un evangelio que no es:

El evangelio Herbalife – una solución para nuestros problemas a bajo costo.
El evangelio tregua – cada partido pone su parte y hace un contrato.
El evangelio terapia – una terapia de auto-ayuda para sanar heridas del pasado.
El evangelio de Papá Noël – Dios nos da todo lo que queremos si nos portamos bien.

Después de reflexionar acerca de mi vida espiritual, me hice una serie de preguntas:

¿Hasta cuándo me voy a parecer al mundo?
¿Hasta cuándo me voy a dejar influenciar por el mundo?
¿Hasta cuándo voy a tener miedo por ser diferente?
¿Hasta cuándo me voy a callar ante la inmoralidad y la injusticia?

A veces caemos en la trampa de Satanás y llegamos a ser mediocres. A Satanás no le interesa si vamos a la iglesia o no, lo que le interesa es que no nos comprometamos 100% a Dios.

Cuando nos auto-examinamos, nos damos cuenta que todavía no somos todo lo que debemos ser. Aún hay muchos áreas en que podemos crecer para llegar a ser como Jesucristo.

Suele pasar que a veces . . .

- Apoyamos la inmoralidad en nombre de la “tolerancia”
- Sabemos más letra de Juan Luis Guerra que himnos y cánticos espirituales
- Actualizamos más el Facebook que nuestro diario de oración
- Estamos más pendientes del celular y los mensajes que tener tiempo a solas con Dios
- No nos cuesta encontrar tiempo para comer pero nos dificulta reunirnos con los hermanos
- Tenemos dinero para un combo en McDonald’s pero no para un diccionario bíblico
- Es más fácil para nosotros encontrar nuestro canal favorito que Oseas y Habacuc
- Llegamos tarde a las reuniones por estar más pendientes de otras cosas
- Por poca fe nos mantenemos en situaciones laborales que impiden nuestro crecimiento
- Nos esforzamos más para cultivar un amor de pareja que nuestro amor para Dios
- Nos da igual si nuestros vecinos y colegas saben si somos cristianos o no
- Trabajamos para vivir y gastar pero no para regalar a los necesitados del mundo
- Somos pasivos y actuamos como si nuestro crecimiento espiritual fuera por osmosis
- Pensamos que orar es sólo decirle a Dios lo que queremos y no callarnos para escuchar
- Tenemos cualquier cantidad de conversaciones vanas y no preguntamos al hermano o a la hermana de la iglesia cómo les va la lucha por la santidad

Si pensamos que no hay mucha diferencia entre ser buena gente en el mundo y estar en el reino de Dios como cristiano, tenemos una visión muy pobre de lo que es “ser cristiano.”

C.S. Lewis, un autor y teólogo británico escribe que hay dos tipos de personas en el mundo:

1. Las personas que le dicen a Dios, “Señor, que se haga Tu voluntad.”
2. Las personas a que el Señor les dice, “Que se haga tu voluntad.”

¿Cuál tipo de persona vamos a ser nosotros? El cristiano es el que le dice a Dios que se haga Su voluntad. Cuando Cristo hace el llamado a sus discípulos, es para “venir y morir,” para negarse a sí mismo para aceptar la voluntad de Dios para sí mismos.

El mundo dice que el pensamiento cristiano es absurdo. Hay muchos cristianos que no se han convencido de la verdad de Dios todavía. En este punto, muchas veces hay cristianos que simpatizan con el mundo. Les llaman “radicales” y “fanáticos” a las personas que se entregan “demasiado” a Dios. Cuando simpatizamos con ese pensamiento, corremos el gran riesgo de ser cristianos carnales y así perder la vida abundante que Cristo nos ofrece.

Romanos 8:5-17 dice lo siguiente:

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.

Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

¿Qué clase de cristiano somos nosotros? ¿Somos carnales o espirituales?

Somos carnales si:

- Pensamos en las cosas de la carne
- Andamos conforme a la carne
- Nos ocupamos de la carne
- No nos sujetamos a la ley de Dios
- Nuestro destino es la muerte espiritual

Somos espirituales si:

- Pensamos en las cosas del Espíritu
- Andamos conforme al Espíritu
- Nos ocupamos del Espíritu
- Nos sujetamos a la ley de Dios
- Nuestro destino es la vida eterna

El mismo Espíritu que levantó a Jesús de entre los muertos también dará vida a nuestros cuerpos. Ese mismo Espíritu vive en nosotros. Dios nos dio su Espíritu para ayudarnos a hacer morir las obras carnales en nosotros. Tenemos que dar muerte, o mortificar a esas obras de la carne.

¿Qué significa mortificar esas malas obras?

- Primeramente, tenemos que dejar de alimentar nuestros malos deseos.
- Después tenemos que disciplinarnos y poner nuestro cuerpo en servidumbre (1 Ti 4:7).

Tenemos que ser guiados por el Espíritu de Dios. Un cristiano que realmente está siendo guiados por el Espíritu no será dominado por las obras de la carne, sino por el Espíritu de Dios.

Gálatas 5:16-6:10 dice lo siguiente:

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo

respecto de sí mismo, y no en otro; porque cada uno llevará su propia carga.

El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye.

No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.

No podemos seguir satisfaciendo la carne. Quizás nuestros malos deseos tienen tanto poder sobre nosotros porque los alimentamos. Si sabemos que luchamos con las borracheras, ¿por qué bebemos, aunque sea un poquito? Si sabemos que luchamos con los malos pensamientos, ¿por qué nos ponemos en situaciones donde vamos a ser más propensos para caer? Si sabemos que luchamos con hablar más de los demás, ¿por qué sencillamente no nos callamos?

Nuestro fruto nos delata. Cuando cae una manzana de un árbol, podemos estar seguros que ése árbol es de manzanas. Cuando nuestro fruto es carnal, podemos estar seguros que somos carnales. Por eso, cada uno debería someter a prueba su propia obra, a ver si es carnal o espiritual. Pablo tiene razón cuando dice que Dios no puede ser burlado. Si alimentamos la carne, la carne crecerá. Si alimentamos el Espíritu, el Espíritu crecerá. El apóstol lo dice así: Cada uno cosecha lo que siembra. Entonces, ¿qué estamos sembrando?

Muchos cristianos no claman a Dios, rogándole que les transforme porque realmente no quieren cambiar. Muchos cristianos quisieran experimentar la bendición de Dios sin tener que cambiar sus vidas, sin tener que levantar un dedo. A pesar de eso, esos mismos cristianos quisieran liberarse de sus pecados pero con el fin de no ser dominado por ellos, no con el fin de estar libres para ir después a entregarse totalmente al servicio de Dios.

Dios quiere hacer algo maravilloso con nosotros: quiere darnos su Espíritu para transformarnos a la semejanza de Su Hijo Jesucristo. Quiere santificarnos, quiere consagrarnos para Él mismo.

Tres puntos importantes para el cristiano que quiere ser guiado por el Espíritu:

1. Tenemos que reconocer nuestra necesidad de Dios y la transformación que Él ofrece.
2. Tenemos que hacer morir (mortificar) el pecado que hay en nosotros.
3. Tenemos que seguir el Espíritu de Dios y vivir como los hijos de Dios que somos.

Que la sencilla oración de San Agustín sea la nuestra también:

Seas tú siempre para mí una dulzura más fuerte que todas las mundanas seducciones que antes me arrastraban. Haz que te ame con hondura y estreche tu mano con todas las fuerzas de mi corazón, y así me vea libre hasta el fin de todas las tentaciones.

– Las Confesiones 1:15.